

DISCURSO XI.

De Nuestra Señora de las Tribulaciones y Paz interior.

Hoc autem pro certo habet omnis qui te colit: quod vita ejus si in probatione erit, coronabitur; si autem in tribulatione fuerit, liberabitur; si in correptione fuerit, ad misericordiam tuam venire licebit.

Esto tiene por seguro todo el que te venera: que si su vida pasa por la prueba, será coronado; si está en tribulación, se verá libre; si sufre el castigo, podrá acudir á tu misericordia.

(TOBIAS, III, 21.)

LA vida del hombre, católicos, desde la culpa de Adán, es una cadena de trabajos, de miserias y amarguras, y un flujo y reflujo de lágrimas que no han de enjugarse hasta la consumación de los siglos. Perdida por la soberbia la inocencia original, y con ella los riquísimos dónes de la inmortalidad y de la ciencia, la primera señal que damos de vida es una lágrima: las lágrimas son nuestro pan de día y de noche, y el ¡ay! aterrador que exhala el hombre en su agonía es el último esfuerzo del padecer, el certificado irreprochable de que lo que deja en el mundo es lo mismo que en él encontró: sufrimiento y muerte.

En el mundo la desdicha es una realidad: la felicidad es una sombra que se escapa fugitiva de entre las manos; esto nos dice la experiencia, esto nos enseña la historia de pasados siglos y de fenecidas generaciones; de esto viene á convencernos la Religión

que profesamos. Escuchemos sinó el lenguaje sublime con que hace el Espíritu Santo resonar en nuestros oídos el grito de toda la humanidad:

«Yo, dice el sabio, fui Rey de Israel en Jerusalem.» Como si dijera: «Yo, el hombre, he llegado á ser el Rey del universo y el Pontífice de la naturaleza.» «Me propuse inquirir é investigar sábiamente cuántas cosas se hacen debajo del sol, y ví que no hay memoria de las primeras, ni quedará recuerdo de las que serán despues.» Hablé á mi corazón y le dije: «Hé aquí que yo he llegado á ser grande, y he aventajado en sabiduría á los que fueron delante de mí; me consagré á aprender la prudencia y la doctrina, y la necedad y los errores; estudié y examiné cuanto existe, y aprendí que es todo vanidad y afición de espíritu (1).»

«Insaciable en las ambiciones de mi alma, me dije á mí mismo: «Iré y rebosaré en abundancia de delicias, y gozaré todos los bienes;» y entonces engradecí mis obras, edificué palacios, planté viñas, hice huertos y vergeles, enriquecílos con toda clase de árboles, mandé construir fuentes de cristalinas aguas para regar los bosques y las flores y los frutos que brotaban delante de mí. Poseí siervos y siervas: fui dueño de rebaños innumerables; amontoné á mi alrededor la plata y el oro; adormecí mis oídos con cantores y cantoras, y me regalé con las delicias de los hijos de los hombres: ni negué á mis ojos cuanto desearon, ni prohibí á mi alma se deleitase en las cosas que yo mismo la había proporcionado, ni me faltó jamás la sabiduría: despues, fijando mi vista en cuanto busqué, en cuanto hice, en cuanto gocé, y en lo que tan inútilmente me había fatigado, me ví precisado á exclamar: ¡todo, todo vanidad y afición de espíritu (2)!» Todo nada, todo desconsuelo, todo tribulación.

Pero afortunadamente la humanidad miró al cielo, y comprendió, sobrenaturalmente iluminada, que si hay Dios que castiga, también hay Dios que perdona; que si hay justicia que affige, hay también misericordia que consuela; que si hay un hombre que prevarica y en quién todos los hombres prevarican, hay un Dios-Hombre que redime; y que si hubo una mujer que sepultó á sus hijos naturales en el fango de los trabajos, de la inquietud y de la muerte, hay otra Madre que arrancó á sus hijos adoptivos de la tenebrosa sima de las tribulaciones, para devolver á su espíritu,

(1) Eccles., cap. I, vers. 10 y sig.

(2) Idem, cap. II, vers. 1 al 10

por la bondad, por a virtud y por la gracia, las inefables delicias de la paz interior.

Yo os adoro y os agradezco, divina Providencia, que al mirar nuestra aficcion habeis hecho eco de vuestras bondades á una criatura suspirada, á una Mujer bendita que ni en los cielos ni en la tierra tiene semejante.

Yo os adoro, yo os saludo, purísima, entrañable é inmaculada Virgen María, que hoy os presentais al mundo bajo el hermosísimo y misterioso y expresivo título de la *Virgen de las Tribulaciones y Paz interior*, para bañarle de regocijo y esperanza. Que esto tiene por muy seguro todo el que os reverencia: que si su vida está en prueba, será coronado; si está en tribulacion, se verá libre; si en correccion, si en castigo, podrá acercarse á vuestra misericordia. *Hoc autem pro certò habet omnis qui te colit: quod vita ejus si in probatione fuerit, coronabitur; si autem in tribulatione fuerit, liberabitur; si in correptione fuerit, ad misericordiam tuam venire licebit.*

Madre mia: vuestra Congregacion, estas hijas del Máximo Doctor de la Iglesia San Gerónimo, y este religioso auditorio, esperan que yo diga ya cuál es el asunto de mi discurso en la presente mañana. Yo, Señora, con la vénia del adorable Jesus Sacramentado y con vuestro permiso, voy á presentaros á su vista *Victima en vuestro corazon de tribulaciones incomparables, y asiento en vuestra alma de la verdadera paz interior*: todo para gloria de Dios y enseñanza de las criaturas.

Acoged mis deseos, que nunca pasarán de deseos; alcanzadme los auxilios del Espíritu Santo, vuestro Esposo, y bendecidnos á todos, en tanto que reverentes os saludamos diciendo con el ángel:

Ave Maria.

Tribulaciones y Paz interior: hed aquí, católicos, dos palabras, la union de cuyo sentido es inconciliable, es un imposible para los que no ven más allá de lo que tienen delante de sus ojos. Los que miran al hombre por el prisma de la materia no aciertan á explicarse, no se atreven á creer que con amarguras de meses y días, con angustias y aficciones de muchísimos años, con trabajos de toda la vida, sea hermanable la paz, pueda la criatura subsistir sin venir á sepultarse, despues de una lucha funesta consigo misma, en la sima espantosa de la desesperacion. Ó la paz es infinita, dicen ellos, y las tribulaciones son un sueño, ó las tribulaciones

se sufren y la paz es un delirio. Bien al contrario para los amantes de Dios, para los hermanos de Jesucristo, para los hijos de la Religion y la Iglesia, tribulaciones y paz interior es la fórmula completa de los decretos del Altísimo y de los destinos del hombre; tribulacion es, segun el venerable Jesuita Calatayud, la cruz que Dios nos envia para ser crucificados en ella mientras están vivas nuestras pasiones: es la oficina de la virtud y del merecimiento; es el camino del cielo y la firme garantia de la gloria; es el tesoro de los que ninguno tienen: y tribulaciones y paz interior son el lema hermosísimo, misterioso y expresivo, escrito en el estandarte de los que pelean las batallas del Señor.

Y si esto no deja lugar á duda, en los hombres de recto corazon en general y en los justos en particular, es un prodigio de verdad cuando se aplica á Maria Santísima como título hermosísimo que pone de manifiesto las grandezas de la Virgen en lo que nadie busca grandezas, que es en el padecer: título misterioso, que hace que se reflejen en nuestra alma los secretos impenetrables de su alma: título expresivo que nos enseña, nos persuade y nos confirma de que si la Señora es en su corazon víctima de *tribulaciones* incomparables, es en su alma fuente inagotable de la verdadera *paz interior*, para gloria de Dios y enseñanza de las criaturas.

A existir, cristianos, lo que nunca ha existido, lo que es imposible que exista jamás, la complacencia en Dios al ver atormentado al hombre, diriase á no dudarlo, sospechariase por lo ménos, que el Altísimo se habria recreado, siquiera un instante, en descargar sobre la que salió de sus lábios el peso de las tribulaciones universales, ménos la tribulacion del pecado. Es la Virgen, Madre de Dios y Reina de los cielos, como una criatura escogida sólo para verse atribulada más que los pecadores, más que los justos, más que los hombres, más que las mujeres, más que los hijos, más que las madres y tanto, si nó más, que el mismo Jesucristo sobre la tierra: y no se entienda, hermanos míos en el Señor, que esta es la opinion del panegirista, llevada hasta la exageracion, nó: es una verdad palpable que con aplicacion á la Virgen se escapa proféticamente de los lábios de David. *Tribulationes cordi mei, multiplicatæ sunt* (1). Hânse multiplicado incesante y progresivamente las tribulaciones de mi corazon. Ni es sólo una verdad; es

(1) Salm. xxiv, vers. 17.

un retrato de Maria Santísima bosquejado históricamente por Isaías, cuando, con aplicación á la Reina de todo sufrimiento, se expresa de esta manera: *Coronans coronavit me tribulatione* (1).

Distinguen los maestros en esta materia dos especies de tribulaciones: las interiores y las exteriores, las del alma y las del cuerpo; y claro es que dan la preferencia en intensidad y en vehemencia á las que afectan á la porción sublime de la criatura; y cierto es que crece el valor de la tribulación en proporción de la excelcitud de la persona que sufre y de la causa por qué se sufre; y aquí, al querer penetrar en las tribulaciones de la Virgen Santísima, la lengua enmudece, el entendimiento se asombra, el alma se confunde.

Parece, cristianos, que al salir de las manos del Señor para descender á la tierra la que es el encanto de los Angeles, se inauguró un certámen heróico en que el Esposo divino se propone purificar á la Esposa con el fuego de toda tribulación, y en que ésta se decide á padecer mucho, á padecer sola, á padecer siempre, á padecer en algunas ocasiones como abandonada de los cielos y de la tierra, pero sin inquietarse, sin desconfiar, sin ver nunca fluctuante, ni mucho ménos humillada la paz de su alma.

La existencia de la inmaculada Virgen de Judá, desde su primer aliento hasta su último suspiro, es una perpétua tribulación: su corazón es como la yunque en que retumban sin descanso los golpes de un martillo omnipotente. Y Maria padece en sí misma y por sí misma; padece en Dios y por Dios; padece en los hombres y por todo el género humano.

Yo no os haré ver en Maria Santísima la tribulación de Adán y Eva, arrojados del paraíso por una rebelión incalificable, resultado funesto de una tentación no vencida; porque tenéis á la Niña de Nazareth, azucena inmarchitable de los vergeles del Señor, atribulada en el Templo en los primeros años de su vida, ya por las tentaciones del amor propio, cuando por la envidia y las calumnias de las otras doncellas, sus compañeras, cuándo por el rigor sacerdotal, y nó pocas veces por el tristísimo, providencial apartamiento de Dios.

No quiero presentaros la tribulación de Agar, arrojada como una planta maldita en los arenales de un desierto, temiendo, sin esperanza, por los destinos de su idolatrado Ismael. Quiero que contempléis la tribulación de Maria, desde Nazareth á Belén,

(1) Isaías, cap. xxii, vers. 18.

deseando la aparición del Prometido, del Deseado que lleva en su castísimo vientre, y temblando por lo que será de Él en la oscuridad de la noche, en los rigores de la intemperie, sin alimento, sin albergue, sin amigos..., y repitiendo en el verdadero desierto de su corazón: *In propria venit, et sui eum non receperunt*. «Vá á nacer entre los suyos, y éstos no le recibirán.» Agar es la esclava, y Maria es la Señora. Agar es la desechada, y Maria es la elegida. Agar es la madre de una generación proterva; Maria Santísima lo es de una generación bendita en Jesucristo.

No quiero que os ocupéis de la tribulación de Abraham, cuando, obediente, silencioso y consternado, hace los preparativos para el sacrificio del inocente Isaac; sino de la tribulación permanente de la Virgen desde el momento en que el Profeta sacerdote hiere el alma de la Madre con la espada que ha de dividir el corazón del Hijo. Verdad es que Abraham es el modelo de los creyentes y el padre de una numerosa posteridad; pero era hombre, y en su corazón habrá manchas; en tanto que Maria Santísima es la primogénita entre las hijas del Señor, es el fragante lirio de la Beatísima Trinidad, y la que ha de reparar la dignidad del hombre, aplastando con su planta la cabeza de la serpiente infernal.

No os detengais ante las tribulaciones de Job, insoportables al hombre sin la asistencia divina: la tribulación de perder instantáneamente los bienes, los hijos, la salud, la honra en la boca de sus falsos amigos, el consuelo en las imprudencias de su mujer; es mi deseo que contempléis la tribulación de Maria, amenazada siempre de perder, perdiendo al Salvador, la riqueza de los cielos: al Hijo del Padre Eterno concebido en sus entrañas por la cooperación y la virtud del Espíritu Santo; la salud, nó suya, sino de todo el género humano, y el honor del firmamento y el consuelo de todas las generaciones. Job, llamado *el justo* por la increada Sabiduría, llevaba sobre sus hombros el peso de la culpa original; padecía, y se quejaba; sentía la mano de Dios, y se estremecía; escuchaba la voz de la tentación y parece que perdía su natural equilibrio.... Maria Santísima es inmaculada en su cuerpo é inmaculada en su alma; sufre, y sus labios no se despliegan; siente, y besa la mano que la hace sentir; vé conjuradas las potestades del infierno contra su corazón, y permanece inmóvil como la roca en medio de los mares.

Es indiferente, es nada la tribulación de Ana, madre del joven Tobías, cuando la despedida de éste la arranca á pedazos el corazón, al lado de la tribulación de Maria al despedirse con santi-

simo abrazo del Jesus divino, que entre sobresaltos, y sombras, y misterios vá á entregarse á la justicia de Dios, en la oracion del huerto de las Olivas. Ana era la madre de un hombre: Maria era la Madre de Dios.

No exijo, por último, que vuestra contemplacion se detenga en las tribulaciones de la ínclita Macabea, que asombra á los siglos con la entereza del dolor en el martirio de sus siete hijos; la Macabea no es Maria. Esta, dice San Agustin, es más que mártir; es siete veces mártir, porque sufre segun ama, y ama con el amor de siete hijos en general y de cada hijo en particular. Y, sin embargo, San Agustin, haciendo aplicaciones á la Reina de las tribulaciones, ha dicho muy poco: la Virgen sobre el Gólgotha padece por un Hijo solo, es verdad; pero Hijo como no lo puede haber entre todos los hijos de madre conocida; un Hijo que vale más que siete hijos, y que setecientos hijos y que siete millones multiplicados por otros tantos millones de hijos muy amados, muy amantes y muy Santos: multiplicad, pues, el amor de Maria y encontraréis multiplicada su tribulacion. Incorporad los tormentos horribles de los Macabeos, los de todos los mártires, los de todas las criaturas, los del Purgatorio, hasta los de los mismos demonios, y son ménos que un átomo al lado de los del Salvador. Pues bien; incorporad las tribulaciones de todo sér que ama, de todo corazon que padece, de toda alma que llora, al lado de la tribulacion de la Virgen, y sufriréis, y buscaréis, pero no encontraréis comparacion.

Maria, sobre la montaña de la expiacion, se atribula más que todos los pecadores afligidos por el verdadero remordimiento de su conciencia; más que todos los justos desconsolados por la justicia de Dios; más que todos los hombres y que todas las mujeres; porque si Jesus hecho hombre es Él solo capaz de satisfacer á la justicia divina, Maria es la sola Mujer capaz de sentir en presencia de este sacrificio, con la exquisita delizadeza, con la delicada intensidad de todas las mujeres sensibles, amantes y vehementes.

Maria en el Calvario está más atribulada que el mismo Jesucristo, y es la sentencia de un Padre de la Iglesia; porque si agonizantes tribulaciones le cuesta á Jesucristo dar su vida por nosotros, más desgarradoras tribulaciones cuesta á Maria el sacrificar su Hijo, que es sacrificio mayor que el de su propia vida; ni es esto solo: el Príncipe divino de los mártires sufre todos los insultos, todos los dolores, todas las ignominias en el cuerpo; Maria Santísima sufre todas estas tribulaciones, aumentadas por una fuerza moral sobrenatural, en su benditísima alma.

Allí es donde verdaderamente la Virgen Santísima padece en sí misma y por sí misma: en sí misma, porque sus tribulaciones no son ideales, sinó reales y positivas; por sí misma, porque Ella voluntariamente se asocia al sacrificio que se realiza para nuestra salvacion, aceptando sus angustiosas consecuencias, y siendo á la vez instrumento y víctima.

Sufre en Dios y sufre por Dios; en Dios, porque padece en el Hijo de sus entrañas, que es el Hijo de las complacencias del Altísimo, consustancial, una misma cosa, y Dios con el Padre celestial y con el Espíritu Santo; y por Dios, porque el Omnipotente lo manda, Él lo dispone, Él lo realiza y Maria no tiene que oponer á la resolucion divina más que el *fiat mihi secundum verbum tuum*, de la Encarnacion.

Padece en los hombres, y padece por todo el género humano: en los hombres, porque padece en Jesucristo, que es verdaderamente hombre, pedazo de sus entrañas, sosten de su alma y latido de su corazon, y porque agrega á sus tribulaciones las aficciones de todas las criaturas; las hace suyas y las devora como exclusivamente suyas. Sufre por todo el género humano; sufre precisamente por lo mismo por que sufre Jesus; sufre por lo que muere Jesus; las tribulaciones de la Virgen, reunidas todas en su corazon al pié de la Cruz, tienen el mismo objeto, se encaminan al mismo fin que los trabajos, las persecuciones, las amarguras y la muerte del Salvador: la redencion del hombre.

¡Magnífico cuadro de las grandezas de la Virgen es el cuadro de sus tribulaciones! ¡Más magnífico por las causas que las originan y los resultados que han de producir! ¡pero magnífico sobre toda ponderacion si se contempla la firmeza, la quietud, las disposiciones con que las soporta, sostenida por el amor divino: porque Maria Santísima sabe que esto encuentra seguro el que ama á Dios; que si su vida está en prueba, es coronado; si en tribulacion, libertado; si en correccion ó castigo, tiene la posibilidad de acudir á la divina misericordia. *Hoc autem habet pro certo omnis qui te colit; quod vita ejus si in probatione erit, coronabitur; si in tribulatione fuerit, liberabitur; si in correptione fuerit, ad misericordiam tuam venire licebit.* Es decir, que Maria Santísima que es en su corazon víctima de tribulaciones incomparables, es en su alma asiento de la verdadera paz interior, para gloria de Dios y enseñanza de los hombres.

La paz interior, hermanos míos en Jesucristo, es la serenidad

del entendimiento, es la tranquilidad del ánimo, la sencillez del corazón, el vínculo del amor y la compañera de la caridad, según San Agustín. La paz interior es una *luz de la gloria*, en expresión de Fr. Luis de Granada, que levanta el alma á un grado más alto, la acerca á la suma felicidad, y sana y vivifica la naturaleza. Se alcanza con el amor; se conserva con el temor: procede de la virtud, de que es compañera inseparable: nace de la libertad y del señorío sobre las pasiones: tiene por base el testimonio interior de la buena conciencia. Es el resultado de la grandeza de las consolaciones divinas, y de la absoluta confianza que todos los buenos tienen en Dios. (El mismo.)

La paz interior es bien de tanto precio, que en todo lo criado el oído no escucha armonía más agradable, ni el corazón desea riqueza más útil, ni el alma posee ventura más deliciosa: si hemos de hallarla completa, ha de ser paz con Dios, paz con nuestros semejantes, paz con nosotros mismos; y si hemos de clasificarla con un solo pensamiento, nos valdremos del divino Jesucristo, eterna Sabiduría que enseña que la paz interior es verdadera bienaventuranza, porque hace de los que la poseen otros tantos hijos de Dios. *Beati pacifici, quoniam filii Dei vocabuntur* (1). Hasta aquí lo más esencial que era necesario manifestaros en orden á la paz interior; desde aquí á la conclusión, la contemplación de esta misma paz interior que tiene su asiento en el alma de María Santísima.

Habíamos recorrido, católicos, las angustias más amargas que atribularon el corazón de la Virgen, y esto nos era preciso para darlas, hasta donde pudiéramos, su verdadero valor: y para que comprendiéramos que ni las enfermedades, ni la pobreza, ni la persecución, ni la calumnia, ni la pérdida de lo que más se ama, ni el martirio, ni la misma muerte, con sus condiciones interiores y exteriores, tienen comparación con las tribulaciones de que fué víctima el corazón más inocente de todos los corazones del mundo. Para estudiar la paz interior, que en María Santísima es á la vez mérito y recompensa, virtud practicada y don concedido, no nos es necesario tanto: ni apartaremos á la Virgen del pie de la Cruz, ni nos separaremos nosotros de las plantas de María.

Un solo rasgo, pero divino; una sola palabra, pero sin compañera, del Evangelista predilecto, sirve para trazar la historia de todos los sufrimientos, de todas las tribulaciones de la Madre del

(1) San Mat., cap. v, 9.

Hombre-Dios. Ese mismo rasgo, esa palabra misma sirve para señalarnos el estado feliz, la paz interior de su alma, en todos sus ayes, en toda su vida y en los momentos en que pierde la paz toda la naturaleza; pero con una circunstancia notable: y es que cuando se trata de tribulaciones, esta palabra solo explica la mayor en intensidad, solo se refiere á una época determinada de la vida de María Santísima. En tanto que cuando la aplicamos á la paz de su alma, sirve para señalarnos todos los acontecimientos, todos los estados, la vida toda de María Santísima.

Stabat. «Estaba.» Estaba su inteligencia, con una quietud admirable, recreándose en sus propias tribulaciones, porque comprendía que cada una era un donativo de la munificencia divina. Estaba su espíritu descansando en los soberanos gozos que la proporcionaba su favorecida inteligencia: uníase más á Dios y á los hombres con un amor casto, santísimo, siempre creciente que ponía á su disposición el cielo de la caridad.

Stabat. Brillaba en su semblante lo que extasiaba su alma, lo que inundaba su corazón, lo que sostenía su cuerpo; esa luz de la gloria, esa paz que la unía con su verdadera felicidad, que cicatrizaraba las heridas de tanta tribulación y que fortalecía su mortificada naturaleza.

Stabat. Y si la paz es amiga fidelísima de las virtudes, ¿qué paz interior no existiría en el alma de la Reina de todas las virtudes? Y si se funda en la libertad y en el señorío de las pasiones, ¿qué paz interior sería la de María Santísima, cuya libertad jamás sufrió perturbación, y que tenía colocado su pie sobre la concupiscencia de la carne, sobre la concupiscencia de los ojos y sobre la soberbia de la vida? Y si se funda en el testimonio interior de la buena conciencia, ¿qué conciencia más pura en la presencia de Dios? ¿Qué paz no rebosaría en el alma de la Virgen, alma sin sombra y sin imperfección que pudiera acusarla en la presencia del Señor? Si la paz es el resultado de la grandeza de las consolaciones divinas, ¿qué paz interior sería la de la Virgen Santísima, cuya vida toda fué una divina consolación, que poseía las plenitudes de todo lo bueno y de todo lo hermoso, con la plenitud del Espíritu Santo? Y si es el resultado también de la confianza que todos los buenos tienen en Dios, ¿qué paz interior encerraría el alma de la que era en su paciencia milagrosa, en su resignación invencible, en su constancia inalterable, y Maestra de la fe, y Madre de la esperanza santa?

Stabat. Si, católicos; estaba el corazón de la Virgen anegándose en un mar salobre de amarguísimas tribulaciones; pero su

alma se extasiaba en las inexplicables dulzuras de la paz interior. *Stabat*. Estaba. Esta misteriosa palabra podemos ahora muy bien traducirla por esta otra: *Stetit*. Estuvo; y entonces ya nos retrata la paz interior de Maria Santísima, no sólo en la pasión, sino en todos los instantes de la vida de Jesus, sino en todos los momentos de su inmaculada vida.

Descorramos siquiera un instante el velo sutilísimo que oculta á nuestros ojos el alma de la Virgen: descorramos, y contemplemos, y verémos á Maria Santísima en paz con Dios, en paz con los hombres, en paz consigo misma; y verémos realizada en este lecho nupcial del Esposo divino aquella encantadora verdad que Él mismo muchos siglos ántes habia hecho pronunciar á los lábios de Isaías: *Ecce ego declinabo super eam quasi fluvium pacis*. (1) «Hé aquí que yo descenderé hácia Ella como un rio de paz.» Descorramos, y nos recrearémos viendo el alma bienaventurada de Maria Santísima hecha asiento de la paz de los justos, de la paz de los Angeles, de la paz de los cielos, de la paz del mismo Dios. En el alma de Maria, *miser cordia et veritas obviaverunt sibi; justitia et pax osculate sunt*. (2) «Saliéronse al encuentro la verdad de la misericordia y la verdad de las tribulaciones; y la justicia y la paz se dieron el ósculo y el abrazo de perpétua reconciliación.» Descorramos y verémos á la Virgen de nuestros amores, de nuestros consuelos y de nuestras esperanzas, en la prueba coronada, en la tribulación libertada, bajo el azote del castigo que el mundo merecia, Secretaria del divino Consistorio, Mayor-doma del Palacio del Rey celestial, Abogada de todos nosotros, Depositaria de la paz interior, y Tesorera y Repartidora de la misericordia divina. Descorramos, y nos convencerémos de que *si es en su corazon victima de dolores incomparables, es en su alma asiento de la verdadera paz interior, para gloria de Dios y enseñanza de los hombres*.

Ahora bien, amados de mi corazon: no entraremos en el reino de los cielos sino por medio de muchas tribulaciones. *Oportet nos per multas tribulationes, introire in regnum Dei...* (3) ¡Terrible decreto cuyas consecuencias venimos sintiendo de siglo en siglo, y de generacion en generacion! Pero escuchad á Maria que nos dice

(1) Isaías, cap. LXVI, 12.

(2) David, salm. LXXXIV, 11.

(3) Act. Apost. cap. XIV, 21.

con Jesucristo á la vez: *Pacem relinquo vobis, pacem meam do vobis*: (1) Os dejo mi paz: yo me presté con magnánima generosidad á sobrellevar las aflicciones de todos los pueblos y de todos los tiempos. Acepté en mi corazon todas vuestras angustias, vuestros dolores y vuestras tribulaciones: *ut in me pacem habeatis*, (2) para que tengais paz en mí, para que me imitéis, para que me sigais, para que me invoquéis con amor y con confianza como Madre de las tribulaciones y como Reina gloriosa de la paz interior.»

Hagámoslo así, y despues de haber apurado, resignados y conformes, el cáliz de las tribulaciones que el Señor sea servido enviarnos, bajo el manto de Maria Santísima; despues de haber gozado en el mundo de la paz interior que Ella nos ofrece, subiremos á poseer en su compañía la recompensa de la eterna bienaventuranza. Así sea.



(1) San Juan, cap. XIV, 27.

(2) Id., XVI, 33.